



PRESENTACIÓN¹ DEL LIBRO
*UN YO SIN MÍ*²
DE
JAIME SILES

PRESENTACIÓN DE RICARDO BELLVESER

Se me ha encargado que sitúe este libro en la tradición cultural e intelectual a la que pertenece la obra y el autor, y en eso me voy a centrar. Dejo, pues, para el resto de los componentes de la mesa, los aspectos relativos a introducir la lectura y la comprensión este libro, de esta antología, de esta nueva obra y a su autor en concreto, más todo aquello que mis queridos y queridas colegas consideren necesario. 1

Empecemos por el principio. Los cuatro monosílabos que componen el título de la antología de Jaime Siles, *Un yo sin mí*, que suena como un verso japonés, –permítanme la broma-- una H en código morse, un pie Peonio o mejor Proceleusmático, formulan un dilema –ahora hablo en serio-- en torno al cual gira buena parte de la historia de nuestra literatura última, del psicoanálisis o de la filosofía eterna.

Partamos, aunque sin entrar en ellas, del hecho de señalar algunas de las muchas referencias inmediatas que nos evoca este título. Por ejemplo, en *Un yo sin mí* resuenan tanto Santa Teresa como Fray Luis en lo que se refiere a que el yo, el mí, no es un lugar donde se pueda vivir excepto como espacio provisional.

Pero tal vez de un modo más cercano a la filosofía y al psicoanálisis, estarían el ello, el yo y el superyó freudiano, que se tienen que armonizar para la supervivencia del ego, que es lo que bascula y establece el tránsito del yo al mí³.

Dicho en términos filosóficos: estaríamos ante un ejercicio de solipsismo⁴, de forma y manera que la realidad solo se comprendería

¹ La presentación tuvo lugar en “El Corte Inglés” de Valencia el 14 de noviembre de 2018.

² JAIME SILES, *Un yo sin mí*, Olé Libros, Madrid, 2018.

³ Ver SIGMUND FREUD, *Obras completas de Sigmund Freud*. Volumen XIX – “El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)”. 1. El yo y el ello (1923). Traducción José Luis Etcheverry. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu editores

⁴ [*ego*] *solus ipse*, solo yo existe.

desde el yo, que es lo único de lo que estamos seguros de que existe, duda que se puede percibir a las claras en las calderonianas incertidumbres de Segismundo quien, al haber pasado toda su vida, desde niño, encerrado en una torre, dudaba de que existiera realmente aquello que veía a través de una ventana, dudaba de que lo que veía fuera realidad o tan solo un sueño.

Debemos partir del hecho sabido de que los títulos deben anunciar el contenido del libro, aunque en demasiadas ocasiones de la historia de nuestra civilización, se excedan en la morosidad detallista como *Tratado en el que se estudian los efectos del cultivo del trigo en la economía castellano y leonesa y cómo deberían corregirse los muchos errores que habitualmente se cometen en su producción*, o al revés los títulos sirvan para todo lo contrario, es decir, para desorientar, como llamar a una novela *Dulce pájaro de juventud*. Luego volveré sobre esto.

Pero, además, están el resto de los aspectos técnicos, como caer en el frecuente error que cometen algunos lectores, de confundir al autor de un texto con el narrador o con el personaje poemático, cuando el autor no es ni lo uno ni lo otro. El narrador es un personaje más de los inventados, creados, por el autor. El personaje poemático, no es el autor, sino un artificio del que se vale el autor para su discurso. Vargas Llosa en sus cartas a un joven novelista, advierte de este error que, en su opinión, cometen incluso los propios escritores, y es el confundir al autor con el narrador, o con el personaje poemático, al “haber decidido narrar sus historias en primera persona y utilizando deliberadamente su propia biografía como tema, creen ser los narradores de sus ficciones. Se equivocan. Un narrador es un ser hecho de palabras, no de carne y hueso.”⁵

2

⁵ MARIO VARGAS LLOSA, *El narrador. Cartas a un joven novelista*. Editorial Planeta Mexicana SA, México, 1997.

Me gustaría que habláramos hoy del narrador, el personaje más importante de todas las novelas (sin ninguna excepción), del que, en cierta forma, dependen todos los demás, pero, ante todo, conviene disipar un malentendido muy frecuente que consiste en identificar al narrador, a quien cuenta la historia, con el autor, el que la escribe, éste es un gravísimo error, que cometen incluso muchos novelistas, que, por haber decidido narrar sus historias en primera persona y utilizando deliberadamente su propia biografía como tema, creen ser los narradores de sus ficciones. Se equivocan. Un narrador es un ser hecho de palabras, no de carne y hueso como suelen ser los autores, aquel vive sólo en función de la novela que cuenta y mientras la cuenta (los confines de la ficción son los de su existencia), en tanto que el autor tiene una vida más rica y diversa, que antecede y sigue a la escritura de esa novela, y que ni siquiera mientras la está escribiendo absorbe totalmente su vivir, el narrador es siempre un personaje inventado, un ser de ficción, al igual que los otros, aquellos a los que él “cuenta”, pero más importante que ellos, pues de la manera cómo actúa, mostrándose y ocultándose, demorándose o precipitándose, siendo explícito o elusivo, gárrulo o sobrio, juguetón o serio, depende que estos nos persuadan de su verdad o nos disuadan de ella y nos parezcan títeres o caricaturas. La conducta del narrador es determinante para la coherencia interna de una historia, la que, a su vez, es factor esencial de su poder persuasivo.

Dicho de un modo más áspero, el autor es un ser vivo, no una ficción, el autor tiene una vida que antecede a la escritura de los poemas o de la narración, y sigue una vez publicado el libro, incluso el autor no se identifica totalmente con lo escrito y con el tiempo llega incluso a extrañarse de lo que ha quedado fijado en el texto.

Es más, el yo es imposible en poesía porque es sabido que nunca uno es como uno se cree que es, pues nos vemos nosotros y a la vez somos vistos por los demás, por lo que existen varios yos, uno de ellos es ese yo sin mí al que Siles hace referencia. Tal vez el fondo de la cuestión estribe en llegar a conocernos a nosotros mismos, pero seguir ese hilo nos llevaría a otros derroteros, para los que no tengo ni tiempo ni espacio para dejarme llevar por ellos ahora.

Dice Siles:

*No tú, ni tu memoria.
Sólo el nombre
que tu lenguaje escribe
en tu silencio:*

(Música de agua)

Lo adelantó un verso de Octavio Paz que hablaba de “los otros todos que somos nosotros”. Francisco Ayala la lleva al límite cuando, tras un homenaje que le hicieron, al tomar él la palabra en el turno de agradecimientos, explicó: “todo lo que han dicho de mi me resulta extraño y como referido a otra persona”, a otro yo, diríamos.

El yo es objeto y sujeto de lo que siente el poema, no realidad, porque el yo lírico no es un ser real, sino una figura instrumental. Proust creía que el escritor era únicamente un traductor del yo, pues, para él, escribir era únicamente un ejercicio de desdoblamiento, de máscara, de espejo.

El personaje poemático no es un yo, pues el personaje es un ser construido con palabras, mientras que el yo es de carne y hueso. Borges precisó, con su cultísima inteligencia, en “Borges y yo” cuál era su relación con su yo escritor: “Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica”⁶.

¿Se puede decir lo mismo de Siles? Por supuesto. ¿Se puede decir lo mismo de un poeta que habla de sí mismo, que cuenta su experiencia vital, que reconstruye su tiempo en Salamanca, que poetiza a Tovar, que

⁶ JORGE LUIS BORGES. “Borges y yo” en *El hacedor*. Ed. Emecé. Buenos Aires, 1960. Utilizo Alianza Editorial. Madrid, 2003.

Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar.

recorre los escenarios de su biografía en sus poemas y plantea sus debates con la lengua y su amor al latín? Por supuesto. Se lo acabamos de oír a Borges: “yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges / Siles pueda escribir.” Siles sobrevive aferrado a aquellos valores que por un momento habían sido cuestionados.

*Quise que Roma fuese Salamanca;
Atenas, basa, fuste, plinto, planta
y Parménides, Diego de Siloé.*

Habrá que volver sobre este asunto, en otro momento, en otro sitio, en otra circunstancia, qué se yo.

En el libro de Siles, y como ya he señalado ampliamente, el título sitúa en su lugar el libro y su contenido. Pero conviene encajarlo diacrónicamente.

En el siglo XX, pasada la guerra civil, los primeros poetas lo fueron de poesía social, Celaya, Crémer, Otero, Rosales y Gaos incluidos en su vertiente más religiosa, cuya influencia llega hasta los años cincuenta, que es cuando pide el relevo la generación del medio siglo, Caballero Bonald, Claudio Rodríguez, Soto Vergés, Gil de Biedma, Antonio Gamoneda, Francisco Brines..., grupo de autores metafísicos y místicos, cuya trayectoria es cortada abruptamente por Los Novísimos. Castellet no acierta en la selección de poetas (no están Genaro Talens, ni Siles, ni Rafael Soler, ni Luis Alberto de Cuenca, ni ninguno de los grandes poetas del mismo tramo generacional, sin embargo incluye a poetas tan inadecuados por extravagantes como Manuel Vázquez Montalbán o Vicente Molina Foix, solo por poner dos ejemplos palmarios, el primero inmerso en una literatura comprometida y de denuncia, y el segundo porque no había publicado nada en poesía en ese momento y aún tendrían que pasar varios años hasta que diera a la imprenta el primer libro de versos...), pero sí da en la diana de entender que se estaba produciendo la gran renovación, que se basaba, principalmente, en el fin de la ideologización política de la poesía que llevaba consigo lo social, fin de la poesía comprometida, y aparición y valoración de una nueva poesía esteticista y culterana, veneciana, muy intelectualizada.

Siles hace poesía comprometida, pero no con lo social, la política o las ideologías, Jaime Siles representa el *compromiso con el lenguaje*, esa es su aportación fundamental. En consecuencia en vez de hablar de poesía comprometida, debemos referirnos a compromiso con la poesía y el lenguaje, de ahí que *Mi yo sin mí* sea una antología con tema único: la cuestión de la identidad.

Cuando los poetas de su generación consideraban que el yo era imposible en poesía, en su obra el yo se mantiene desde el primer momento, a lomos de la consideración de que la única herramienta de que disponen los poetas es el lenguaje, de ahí que deban hacer de él la cuestión prioritaria:

Hoy todas las palabras me vinieron a ver.

Iban todas vestidas y yo las desnudé. (verso con un manifiesto eco a JRJ)
Tenían agua dentro y yo se la quité.
Bebí toda su agua y me quedó su sed.
No me quedó su habla: me quedó su mudez.
(...)
En las palabras vive lo que vivió una vez
aunque nunca lo mismo tenga segunda vez.

Le siguió la Nueva Sentimentalidad, o Neo romanticismo, de las dos formas se llamó lo que ha terminado por titularse Poesía de la Experiencia, que vino a reclamar el regreso a la poesía social, comprometida, unida a la realidad, pegada al análisis y la mirada crítica, a veces con sugerencia de clase, aunque dicho con un vocabulario de hoy y atenta a asuntos de hoy, poesía que tuvo enfrente a los Poetas de la Diferencia, más atentos al recuerdo de los cúlmenes estéticos modernistas, a la honestidad de Rosales, al ensimismamiento y la búsqueda de la originalidad entendida como razón de la individualidad. De ninguna de las dos corrientes participó Siles plenamente. Como se dice en castizo, él fue a la suya. Pero con un afinado instinto pues la nueva poesía, la que se está haciendo en este principio del siglo XXI, viene a encontrarse con él en la poesía del Lenguaje, que es una de las formas que adquiere la poesía de la verdad hoy.

Allá por el año 87 confesó en su relación de columnas, un “Propileo” en el que declara que dirige esta suma de sones sucesivos:

A ti, idioma de agua derrotado,
a ti, río de tinta detenido,
a ti, signo del signo borrado,
a ti, lápiz del texto más temido.

Este es, para mí, el corazón de la selección que se ofrece hoy, una poesía del lenguaje, del conocimiento, una poesía culta pero no excluyente, una poesía de la emoción pero no neo romántica, sino poesía del lenguaje tal y como se entiende en los inicios del siglo XXI y que responde a su propia tradición.

De las varias antologías que últimamente se han publicado sobre la obra de Jaime Siles, y creo que gracias a su cortesía conmigo las conozco todas, o casi, yo recomendaría –recomiendo– ésta, por ser la última, por su sentido unitario, y porque ayuda a dar una idea muy cabal sobre su poesía. Nada menos.

Gracias.

PRESENTACIÓN DE ROBERT ARCHER
King's College London/ Universitat de València

Todos los libros son artefactos, hechos con más o menos amor, y he de empezar diciendo que me ha impresionado mucho esta última obra de Jaime Siles como artefacto, con su tipografía amena, la cuidada

colocación de cada poema en la página y la llamativa portada con su mirilla que da a una intrigante ilustración de Nacho Murillo que parece un reto al título, invitándonos a buscar ese “mí” detrás del “yo”. Como selección de su poesía me parece una excelente introducción que incluye no solo los poemas más conocidos y tan frecuentemente citados sino algunos procedentes de las colecciones más recientes.

Desde luego, es fundamental para explicarnos la alta calidad de su poesía el que durante muchos años también haya ejercido sus dotes de escritor y su gran inteligencia en otros campos. Uno es su labor como crítico literario y teatral en la prensa nacional: ha publicado quizá miles de artículos y reseñas sobre un sinfín de obras, actividad que le ha proporcionado enormes conocimientos de la literatura mundial.

El otro campo, y no menos importante, es su trabajo como experto en la literatura clásica latina. Su interés profesional en la universidad en los orígenes clásicos de la cultura europea ha marcado toda su obra como poeta, ensayista, crítico literario y estudioso de la literatura. Lo dice él mismo en un poema, incluido en esta antología, “De vita philologica”:

Lo que debo al latín son muchas cosas.
Para empezar, mi sensación de lengua,
tan diferente a la ilusión del habla,
y la idea de que todo lenguaje
es –y es sólo– un acto de pensar:
un pensamiento erguido sobre un sinfín de ejes,
tan exactos como sus mecanismos,
que construye, sobre sonidos puros,
la arquitectura de una identidad.

Pues, la “arquitectura” de la identidad de Jaime Siles se ha ido construyendo durante más de cuarenta años de labor imparable e inmensa. Como él también dice en el pasaje que acabo de citar, esa labor se ha realizado sobre “un sinfín de ejes” intelectuales que incluyen la traducción y el estudio de la obra de los grandes poetas europeos. A su vez, su propia obra poética ha sido objeto de estudio por una larga lista de críticos, y ha sido traducida al francés, al alemán, al italiano y alguna vez al inglés.

Y fue precisamente mediante mi propia traducción de uno de sus poemas más conocidos, “Semáforos, semáforos” (que también se recoge en este libro) como llegué a analizar más de cerca su quehacer poético [*Semáforos, semáforos / Traffic Lights*, *Liburna*, 4 (2011), 27-34]. En esta obra ese *yo sin mí* describe la visión momentánea de una mujer que nunca llega a ser completa, sino solo fragmentos que el poeta presencia deslumbrado por un mundo de luces y sombras. El objeto de deseo queda fraccionado como un reflejo en un espejo roto. La mujer —“ella”— no puede ser más que la breve provocación de una reacción erótica —erótica y fetichista— que luego el poeta intenta recuperar a través de herramientas intelectuales (la semiología, la lingüística, la historia antigua). No tiene más remedio, porque el ritmo trepidante de la vida moderna se lo lleva todo. Es esa trepidación la que marca el ritmo del

poema, lo define y lo construye, y para mí fue un reto tratar de reproducirla en versos ingleses.

En la algo menos de una década que conozco a Jaime, he podido ver varios aspectos del hombre en contextos muy diferentes que me han inspirado una gran admiración. El más reciente fue el último sábado de julio de este año en un espléndido jardín del pueblo de Navajas donde cada año se celebra una noche poética con múltiples lecturas y la presencia de un poeta de renombre como invitado de honor. El año pasado el invitado fue Ricardo Bellveser, y este año fue Jaime que, como su antecesor, se ganó el público enseguida y contribuyó a crear una memorable noche mágica de poesía con su gran humanidad y su entrega absoluta a la ilusión del verso.

Pero la experiencia en que más pude observar la gran dimensión humana de Jaime Siles fue con ocasión de su estancia en Londres en abril de 2010. En el congreso de los hispanistas británicos e irlandeses que se celebró en el King's College nos brindó una excelente conferencia plenaria sobre la influencia de los poetas románticos ingleses en la poesía española, y después un recital poético de su obra en una concurrida sala del Instituto Cervantes. Concluido el viaje, iba a volver a Valencia. Hasta ahí bien, solo que en aquel momento se produjo la erupción del famoso volcán de Islandia que todos hemos aprendido a pronunciar, el volcán Eyjafjallajökull, el cual lanzó a la atmósfera tanta ceniza que los vuelos de regreso a España se cancelaron durante varios días. En aquel momento vimos ponerse en marcha la inteligencia, la imaginación y el tesón de Jaime para vencer a los elementos. Ningún problema: sin acudir a la Embajada ni ayuda de nadie, se organizó él solo un trayecto en tren hasta el puerto de Southampton y luego un barco mercante a Bilbao. ¿Y que hizo durante la larga travesía? Pues, claro, escribir un poema, solo que esta vez le salió en inglés, y tengo que decir que no estaba nada mal.

7

PRESENTACIÓN DE BIBIANA COLLADO CABRERA

Creerse que cuando un poeta dice YO está hablando realmente de sí mismo resulta de un candor apabullante, como si no existiera ese instrumento resplandeciente y poliédrico que es el Lenguaje, como si no fuera precisamente el Lenguaje el verdadero hacedor de lo real al nombrarlo. Sin embargo, y a pesar de que poetas de la altura de Pessoa han enunciado con claridad y certeza la idea de que el poeta es un fingidor, la sociedad actual, inmediata e insaciable, vuelve a demandar una vez más verdad y biografía a la poesía. Los debates, las polémicas vuelven cíclicamente a la palestra, esta vez vienen de la mano del poetryslam, los youtubers, los instagramers y, en general, todas aquellas herramientas que producen una ilusión de realidad en la que el creador parece estar contándonos su vida en tiempo real. No obstante, las industrias culturales no son inocentes, eso lo sabemos de sobra, y han creado al calor de estos fenómenos, conceptos cruciales para pensar el

mundo de hoy como lo son la idea de fake o la ya famosa posverdad. Curioso, la misma sociedad que ama los biopics en el cine, los realities en la televisión, las novelas basadas en hechos reales, la misma que ha vuelto a poner de moda los diarios y que exige a los autores que muestren su vida en directo, esa misma sociedad ha generado también el antídoto a estos productos culturales, ha tomado la distancia suficiente para saber que aquello que consume como real quizá no lo es o que determinada información puede no ser falsa sin ser exactamente mentira.

En este contexto, el título escogido por Jaime Siles para la antología, *Un yo sin mí*, resulta profundamente acertado e iluminador. Conocedor de la trampa biográfica, Siles nos lanza contra las cuerdas del lenguaje, como lo ha hecho durante décadas, para hacernos conscientes de que es este el que construye la realidad, el que construye al yo; y que, por tanto, escribir sobre el problema de la identidad supone, en realidad, preguntarnos por el lenguaje con el que la configuramos. La polémica se ha reactualizado en los últimos años pero sigue siendo, en el fondo, la misma. Los poemas de Siles también se actualizan mirados desde el prisma del hoy pero siguen señalando hacia el mismo camino: lo prioritario para los autores no debe ser contar su vida sino la vida, y esta solo puede captarse, explorarse y amplificarse a través del lenguaje. Ahí reside, desde mi punto de vista, una de las grandes lecciones del Siles que no solo es poeta, sino también maestro de poetas. No es banal esto que he dicho. Y me gustaría incidir en ello. El catedrático Jaime Siles, el poeta Jaime Siles, el mismo que ha vivido en primera línea los sucesos más importantes de la historia literaria de este país en las últimas décadas, es también el maestro que se acerca, que se preocupa por conocer a las nuevas voces, que atiende sin dudar a los escritores que le confían sus dudas. Muestra de su generosidad es el hecho de que yo esté aquí hoy, que me haya invitado a acompañarle esta tarde. Todos los que hemos temblado con un libro de creación propia en las manos, sabemos lo importantes que son la mirada y los comentarios de los maestros. También todos sabemos que no todos los grandes autores están dispuestos a invertir su tiempo en leer nuestro manuscrito y decirnos “esto sí”, “esto no”, “repiensa aquello” o “enhorabuena”. Seguro que estaréis de acuerdo conmigo si digo que Jaime Siles siempre encuentra el momento para contestar al correo que le hemos escrito, agradecer el libro que le hemos hecho llegar y darnos su cuidada opinión si así se lo hemos solicitado. Lejos de remilgos clasistas, Jaime Siles está abierto a los nuevos soplos de aire fresco, sin por ello dejarse llevar por falsas ventoleras. Y eso es de un inmenso valor. En definitiva y para acabar, Jaime Siles es precisamente un grande porque sabe acompañar a los nuevos tiempos con su mirada desprejuiciada, sabe incluirnos con su generosidad infinita, sabe extender su magisterio más allá de los libros.

PRESENTACIÓN DE RAFAEL SOLER

Un libro solo es tiempo: sus horas son letras y sus días son páginas, rotunda reflexión con que cierra en 2.014 su “Nota a *Tardes de Salamanca*” nuestro poeta Jaime Siles, que hoy gozosamente nos convoca con motivo de la presentación de su antología “Un yo sin mí”, publicada por la editorial Olé Libros, que con tanto entusiasmo y acierto dirige Toni Alcolea. Si un libro solo es tiempo, y sus horas son letras, y sus días son páginas, qué podríamos decir de esta antología que recoge tanta vida bien vivida, tanto esfuerzo por conseguir “que desde lo fónico hasta lo conceptual todo se tiña de una intensidad difícilmente igualable”, como constata con acierto Sergio Arlandis, “su poesía es, siempre, una nueva experiencia que busca renovarse lectura a lectura”. Y a este propósito dice Luis Alberto de Cuenca, compañero de estudios de filología clásica allá por los setenta, cuando ambos eran jóvenes sin saberlo: “En Siles, filólogo hasta las más recónditas entretelas de su espíritu y poeta hasta la médula, el amor a la palabra que implica el término *philología* se expande sin conflicto hacia el área donde reina la Palabra por excelencia y con mayúscula, que es siempre la poética”.

Un libro solo es tiempo. Y si vivir siempre nos costará la vida, los sesenta y cinco poemas escogidos por su autor de 14 libros publicados entre 1969 y 2011 con un título que bien resume el problema de la identidad como asunto vertebrador de su decir poético – estos sesenta y cinco poemas son ahora el tiempo que nos queda, y que sus lectores compartimos, para buscar en cada página luz y consuelo, indagación y respuesta, los múltiples por qué que acompañaron nuestros pasos desde la añorada juventud al sereno disfrute de las horas concedidas todavía por cumplir. *Mi escritura, como mi yo si es que éste existe, es un producto del Lenguaje*, confiesa el poeta en su prólogo. Somos la suma de cuanto quisimos ser, de cuanto creemos ser y de cuanto la vida, ese incidente vertical y pasajero, ha hecho de nosotros. En su bien llevado desconcierto, desde su ancha respetuosa erudición, con juvenil y renovado empeño, Jaime siempre quiso ser poeta, y es la suya una mirada lúcida y atenta: *No está el poema en las oscuridades del lenguaje / sino en las de la vida*.

Solo hay dos tipos de poetas: los que escribimos para que nos quieran, y los que escriben y aún no saben que escriben para que les quieran. No seré yo quien temerariamente encuadre a Jaime en una de estas categorías, pero el fruto de su deambular entre jóvenes vates impacientes, colegas a un endecasílabo sin necesidad prendidos y afines merecedores de premios que tardan en llegar, el resultado, decía, de esta manera de entender la vida y su escritura están bien a la vista: este acto de hoy se podría haber convocado bajo el titular “Queremos tanto a Jaime”, pues nada hay de impostura en su cercanía y cordialidad militante. “Me dio gusto verte alegre, pleno, gozoso de tus esperanzas y de tus amigos. Tú, querido Jaime, eres un baño de bienestar para los que te quieren. Que esa firmeza natural que te distingue te acompañe siempre para alegría de quienes somos tus amigos”, le escribe Vicente Aleixandre el 14 de mayo de

1970, cuando nuestro poeta ya había publicado un año antes en Cuadernos Hispanoamericanos un conjunto de nueve poemas bajo el título general de “Buenas noches a todos”, tarjeta de presentación en sociedad con ese espléndido “Tragedia de los caballos locos” que ahora abre esta antología, y que fue recogido también en su libro “Canon”: *el líquido sudor que los cubría / se ha vuelto de repente escarcha gélida. / Arpegian sus cascos al frenar el suelo que a sus pies se desintegra. / Ahora han encontrado de siempre, sí, las yeguas que los miran*. Cuarenta años después, aquietado el galopar de los caballos, con la misma bonhomía al abordaje de los suyos, Jaime Siles persevera en su afán de celebrar lo menudo con una sonrisa y sin daños a terceros.

Nuevos poemas vendrán, otros libros. Escribir es un legítimo acto de resistencia, la manera de no aceptar lo irremediable, el compartido refugio – autor, lector y viceversa – que hace más llevadera la intemperie, porque como dice Jaime *todo es música, nota, diapasón. // Hasta los cuerpos, en la nada, suenan*.

Gracias, querido Jaime, por tu magisterio, y por esa ancha, imprescindible obra de la que es buena muestra este “Un yo sin mí” que es, también, un yo con todos nosotros, tus amigos lectores.